

Tres páginas para decirte que te quiero

“Tengo, exactamente, 418 razones para quererte. En esa lista incluyo también todos tus defectos porque he aprendido a amarte con ellos. No voy a enumerarlos ahora porque sabes que dispongo de poco tiempo, aunque te preparé un resumen de 3 páginas. Los pocos momentos que tengo voy a dedicarlos, minuto a minuto, no a decírtelo, sino a amarte de 418 maneras distintas”.

#####

Era exactamente un 29 de noviembre el día que la conoció. Recuerda la fecha no porque tuviera un absoluto control sobre todas las cosas, sino porque era el cumpleaños de su abuela y tenía que recoger, a lo largo de esa misma mañana, la tarta de chocolate y naranja, encargada en la tradicional y burguesa pastelería “La Dulce Tentación” **(1)**.

(1) Cuentan que el pastelero, hombre casado, romántico y caprichoso, estaba perdidamente enamorado de una cliente, una bella dama, voluptuosa, sensual y también casada, a la que despachaba piononos, glaseados y tocinillos de cielo. Era tan dichoso atendiéndola que un día decidió cambiar el nombre de su establecimiento. Del comercial y aséptico “Repostería García” la pastelería pasó a denominarse “La Dulce Tentación”. Por supuesto, él dijo a todo el mundo que el nombre estaba dedicado a su esposa, pero nadie le creyó. Con su agrio carácter y sus 102 kilos de peso, la pastelera no era ni dulce ni tentadora.

Su abuela Julia cumplía 92 años, siendo consciente en cada aniversario de que podía no haber más: - “Por si el año que viene no estoy” - , decía. Según su madre, la abuela llevaba 70 años repitiendo la misma cantinela y nunca (pero nunca, nunca y de ello se enorgullecía) enfermó tan siquiera de un resfriado. La abuela incluso sobrevivió a la famosa tortuga “Belinda” del zoo de su localidad, que murió pasados los 100 años de edad. Este hecho fue destacado por el periódico “La Voz del Pueblo” en la necrológica publicada cuando, efectivamente, se cumplió el vaticinio de la abuela y no hubo otro año más (La necrológica de la abuela, no de la tortuga).

Antes de recoger el pastel, él debía acudir a sus clases en la Facultad, donde le esperaban varias horas seguidas de Derecho Civil, Internacional y Canónico. Cada mañana él tomaba el autobús de la línea número 3 que llegaba hasta el recinto universitario.

Aún no habían salido del centro de la ciudad cuando el autobús se detuvo, colapsando el tráfico y la despierta mente de ella.

#####

Ella pensó que no era nada divertido que el autobús se averiara. Eran las siete y media de la mañana ¡de un lunes! No podía llegar tarde... Sin embargo, la mayoría de los pasajeros del autobús eran chicos y chicas, jóvenes, universitarios, que reían por puro placer, se alegraban de todo y disfrutaban la vida. Porque “aún no sabían lo dura que ésta era”, pensó ella. Que el autobús se parara en el medio de la calle no sólo era un estupendo motivo para divertirse. También era una excusa perfecta para no asistir a las clases de esa mañana.

Se encontraba realmente fastidiada y ni mucho menos conseguía reírse como los demás. – Puede que haya envejecido – pensó. – O, simplemente, puede que haya perdido el sentido del humor (lo cual sí hubiera sido una catástrofe). Por suerte, su sentido del humor permanecía intacto a la espera, no del chiste o la situación fácil, sino de estímulos más sofisticados como el sarcasmo y la ironía.

El conductor del autobús hablaba por el móvil con el encargado: – “Sí, sí. Estamos parados. Al final ha fallado. Sí, ha tironeado antes. Creo que ha sido la caja de las mariposas...”

“La caja de las mariposas”. Que nombre tan maravilloso... Ella miró por la ventana, soñadora...

- Es un nombre muy bonito, ¿verdad? -. La joven se asombró. Uno de los universitarios, carpeta en mano, hablaba con ella y había adivinado lo que pensaba mientras escuchaba al conductor y miraba por la ventana. - Es la pieza que controla la cantidad de aire que llega a los cilindros.

El muchacho le pareció no sólo agradable. También era guapo. Comenzaron a charlar. El conductor del autobús les obligó a apearse: - “Venga, ¡a bajarse todos!”-, gritó. – “Un autobús de reemplazo viene a por ustedes”. Pero ellos no subieron. Él le pidió que le acompañara a la pastelería. Y ella, inocentemente, pues no era tan madura como creía, aceptó.

#####

Desayunaron en la pastelería y ambos sintieron esa “dulce tentación”.

Él descubrió que ella era una mujer como las que Klimt pintaba: sensual, maternal, soñadora, volátil, ligera, onírica... Era vital e, incluso, hasta dorada. Le contó que le gustaba la moda, los viajes y, especialmente, la música. Que le apasionaba el Jazz de Billie Holiday y de Ella Fitzgerald. Pero, sobre todo, que disfrutaba muchísimo con las óperas de Mozart, los conciertos de Vivaldi y las fugas de Bach.

(Pudo confirmar, en numerosas ocasiones, como escuchando el aria “Erbarme dich mein Gott”, a ella solo le faltaba comenzar a gemir de placer a pesar de que se trataba de una música eminentemente religiosa).

A los dos les gustaba pararse ante los escaparates. El predilecto de ella era el de la zapatería “Luxus”. – “Mira, - decía ella, admirando unos altísimos tacones de brillante suela roja - algún día tendré unos *Louboutin* como esos.

Él trataba de convencerla de que no era lógico que unos zapatos cuya suela se desgastaba tan fácilmente, pudieran ser tan caros. Le contó que el lujo había sido inventado por un comerciante de vajillas holandés en el siglo XVII, el cual incrementó el precio de sus platos para venderlos a las familias más pudientes de la ciudad. Les hizo creer que si adquirían un producto por un precio mucho mayor del que realmente costaba, se convertirían en individuos superiores. Luego Colbert sólo tuvo que perfeccionar la idea en Francia y hacer de París la capital de la exclusividad.

Por este motivo, concluía él, el valor de los objetos es lo que los clientes están dispuestos a pagar, aunque su coste de producción sea a veces, hasta irrisorio.

Sin embargo, y a pesar de su insistencia, la muchacha seguía soñando con calzarse unos *Louboutin* en algún momento de su vida.

#####

Pasaron los años y llegó un nuevo 29 de noviembre. La abuela Julia ya no estaba y él seguía amando a la muchacha con locura, aunque no se lo dijera. Eran muy felices pero él se había vuelto un poco taciturno y la expresión soñadora de ella se había transformado en otra más quieta y detenida, como capturada en un momento de indecisión. La mujer pensada por Klimt adoptaba ahora la mirada preocupada de una chica de Lichtenstein.

(no debe confundirse la mirada preocupada de una chica de Lichtenstein con la de una chica de Leichstentein porque una es arte y, la otra, una ciudadana del centro de Europa).

#####

Él tenía llaves de casa, pero prefirió tocar el timbre. Cuando ella abrió, él se arrodillo en el descansillo y estiró los brazos. En sus manos, una austera y sencilla caja color "marrón envío postal". La caja en la que destacaba, en color blanco y letras envolventes, el logo de Christian Louboutin

- No podemos permitirnos esto - dijo ella. – Valen más de 800 euros.

– Sí, sí que podemos - respondió él. Y le dio una notita que decía:

Manera número 1 de amarte: "*La caja de las mariposas*"

Ella abrió la caja pero dentro no había zapato alguno. Multitud de preciosas y delicadas mariposas salieron volando de su interior, llenando el recibidor de magia e intimidad. En el fondo de la caja, un resumen de 3 páginas con los motivos de su amor por ella.

#####

(Para las menos soñadoras, indicar que la manera número 2 de quererla fueron unos preciosos zapatos dorados con suela roja diseñados por Christian Louboutin).

FIN